

Januario Espinosa

## AUGUSTO D'HALMAR Y LA COLO- NIA TOLSTOYANA <sup>(1)</sup>

**A**NGEL Pino, en una de sus más alegres charlas, aconsejaba a un padre que educara a su hijo para cualquier cosa: para zapatero, para ayudante de albañil, para arreador de pavos por las calles, etc., menos para municipal. Parodiando al celebrado humorista, yo querría recomendar a los padres de familia que dedicaran a sus hijos a vendedores de pasas o de pasadores dobles, a matarifes o a cesantes profesionales, menos al arte de escribir.

En términos generales, es un acto heroico, en cualquier país de América, entregar su tiempo a la literatura; y resulta innegable que esa heroicidad es mayor en Chile. En la mayoría de las otras repúblicas hermanas el hombre de letras encuentra más ambiente, y en ciertas ocasiones cierta protección de carácter oficial. En Chile ha existido una especie de consenso público para considerar un ocioso al que hace versos: poeta e inútil son dos cosas equivalentes, la peor recomendación que pueda darse a un hombre. Perder sus horas en escribir es carecer de todo sentido de la vida práctica, signo en parte de locura, en mucho de tontería. Haberse hecho de un fundo en el sur, mediante concesiones para colonizar, haber tomado par-

---

(1) Leído en la velada de clausura de la semana del Libro Chileno, 16 septiembre de 1933.

te en algún negociado de bulto u organizado una sociedad anónima fantástica, es sentar plaza de hombre hábil, ser digno de respeto y de honores. Pero encerrarse en su casa a leer libros útiles, y luego trasladar al papel nuestras abstracciones o nuestros sueños, es hacerse acreedor a un calificativo muy chileno y que no se puede repetir en público. Tal vez por esta misma idea absurda que se tiene sobre el escritor, los libros chilenos se venden poco, aunque vayan suscritos por autores de la calidad de Pedro Prado, de un Latorre, de un Santiván, de un Maluenda. Y puesto que, salvo muy escasas excepciones, el escritor carece de medios de fortuna, la necesidad de vivir lo obliga a sacrificar su tiempo al empleo que da el pan, y a dejar su vocación, lo que es su alma, para sus ratos perdidos. Otros, menos tenaces, y convencidos de lo inútil de la lucha, desoyen en plena juventud, el llamado imperioso de su espíritu, y entran por el camino llano de la nauseabunda política, o se hunden en la oscuridad de un puesto remunerador. Engañados algunos por un falso miraje, buscan el periodismo, sin fijarse en que semejante labor estruja la savia buena revuelta con la mala. De ahí que el escritor chileno produzca poco, y a lo que haga le falten, por lo común, robustez, el don de la gracia.

Pero ha nacido en Chile un hombre que se ha dedicado a la literatura exclusivamente, despreciando todo lo demás, un hombre que ha cruzado pobreza y apuros, sin arrear nunca la sagrada bandera de su espíritu. Este verdadero fenómeno es Augusto d'Halmar. Y no sólo d'Halmar ha consagrado al arte literario todas sus horas, sino que, comprendiendo que en nada se puede llegar a las vecindades de la perfección si uno no se especializa, se ha concretado al cuento, la novela y las impresiones de viaje, tres cosas que son ligeras variantes de un mismo género. Nunca se tentó por el verso, o por el teatro o por el ensayo de

carácter filosófico. No quiso ser como esos literatos que lo hacen todo, y que se parecen al hombre de buena voluntad que se nos presenta a domicilio, y que tanto nos suelda una tetera, nos enlucen una muralla o nos poda el parrón.

Augusto d'Halmar se estrenó en letras de molde por allá por los años 1900 a 1901 en «Los Lunes de La Tarde», en donde publicaba cuentos o simples impresiones, firmando Augusto Goemine Thomson. Un tiempo después, don Alfredo Melossi fundó la revista ilustrada «Luz y Sombra», que era una gran cosa para aquel tiempo y Augusto fué su principal redactor. En esta revista, redujo a la inicial su apellido paterno. Aun esta inicial perdió el año siguiente: sin ella suscribió su primera novela «Juana Lucero», aparecida en 1903, y que fué recibida por la prensa con un silencio absoluto. No había entonces en los diarios una crítica organizada: el juicio literario lo daba cualquiera de los redactores, o un repórter. A Thomson no lo querían bien los periodistas: lo calificaban de «tipo farsante». Realmente era un gran «poseur», y no disimulaba su desdén por las gentes vulgares. Alto, bien parecido, con aspecto de extranjero, espesa la cabellera bajo el sombrero de anchas alas, había algo en su silueta de una que hoy nos es familiar: la de Carlos Préndez Saldías. Pero un Préndez sin anteojos, naturalmente.

De cómo trabé conocimiento con él lo voy a explicar en seguida. Razones de mi empleo en el Telégrafo, me llevaron en abril de 1903 a Copiapó. De allí envié a Thomson una carta, dándole mi opinión sobre su novela. Esto provocó una respuesta afectuosa, y la amistad epistolar, tan frecuente entre escritores distantes, se anudó de esa manera. Mi regreso a Santiago, el año siguiente, me dió ocasión de conocer a un escritor que iba a ser uno de mis mejores amigos: Luis Ross Mujica. Me lo presentó una

noche, en la redacción de «El Chileno», su director, Heraclio Fernández, y desde el primer momento se interesó por lo que yo hacía; me invitó después a su casa, me facilitó libros, me dió a conocer escritores que yo no conocía: Dostoiewsky, Tolstoy, Ibsen, etc. Era un mozo moreno, alto, delgado, de grandes ojos oscuros. Su cultura era extraordinaria, su apasionamiento, su entusiasmo no comunes. Su principal atracción espiritual eran los problemas sociales, y leía asiduamente a Kropotkin, Bakunin, Nietzsche, Ferri, Stirner, etc. Por ese tiempo fundó la revista «Panthesis», dedicada a la sociología y al arte, en compañía de Valentín Brandau, Baldomero Lillo, Alejandro Parra y Santiago Carlos Gómez, que era una especie de anarquista cristiano. Escribía Brandau sobre las modernas teorías penalistas, y respecto a él debo citar de paso una modalidad curiosa. Vestía entonces Brandau con un ligero desaliño, y andaba por las calles como despreocupado: tenía toda la estampa de un filósofo. No pecaba de amable: más bien se le podía creer un poco orgulloso. Esta impresión por lo menos, me dejó cuando lo conocí. Veinte años después, al llegar un día a Iquique, recibí la misma tarde su visita en el hotel. Era un Brandau distinto, que vestía con cierta elegancia y se mostraba sumamente cordial y tan cariñoso que me invitó a comer a su casa. Fuí y me encontré deslumbrado, porque el Brandau que yo había conocido era ahora lo que llamamos un *palo grueso* y vivía en una casa lujosa. Me presentó a su esposa, bonita y elegante, y a su hermana, la viuda de Ross, que era la Rectora del Liceo de Niñas. Su afectuosidad se extremó hasta obsequiarme algunos libros recién recibidos de Francia. Cito esto, porque Brandau resulta «al revés de los cristianos»: era orgulloso cuando pobre, y se mostró cordial y humilde cuando rico.

Un día como le hablara a Ross con entusiasmo de

Augusto Thomson, me propuso ir a verlo el domingo siguiente a San Bernardo.

—Allí, me dijo, ha fundado con otros una colonia tolstoyana.

Partimos en el tren de la una. Era una brillante tarde de diciembre. En el tren se nos reunió el escultor Canut de Bon que llevaba el mismo destino.

La Colonia se hallaba instalada en un sitio con dos modestos cuartos y un corredor, en la calle Eyzaguirre, un poco al norte de la Avenida Colón, acera oriente. Esta propiedad existe todavía sin una variante, y cada vez que paso por allí lo que es frecuente, por vivir yo en San Bernardo, revive en mi imaginación todo un pasado de luces y de sueños. Thomson me acogió con una afectuosidad de príncipe; extraordinariamente amable, pero conservando la distancia. Me presentaron en seguida a Fernando Santibáñez Puga, transformado poco después en Fernando Santiván; y a los pintores Julio Ortiz de Zárate, José Bakhaus y Pablo Burchard. El último se iba en esos días a Talca, abandonando la colonia. Allí encontramos también al poeta Manuel Magallanes Moure, propietario del local en que la colonia funcionaba. Vivía Magallanes en San Bernardo, en donde había logrado ser alcalde y naturalmente todos los días visitaba a los colonos. Esa tarde había llevado un aparato fotográfico, y por indicación de Thomson, nos tomamos un grupo de fantasía. Magallanes, moreno y de luengas barbas, podía pasar perfectamente por un moro, completó la ilusión envolviéndose en una sábana, a guisa de albornoz, y con una toalla se improvisó un turbante. Thomson apareció de vendedor de cachivaches, Santiván de cocinero, y los demás como podían. Con aquello nos entreteníamos como niños.

Marchamos luego hacia otro sitio de las afueras del pueblo, también de propiedad de Magallanes, en donde la colonia realizaba sus trabajos agrícolas. También

no había más habitación que dos o tres cuartos pobres. Allí se hallaba ubicado otro colono, el poeta Ignacio Herrera Sotomayor, que precisamente liaba sus bártulos para regresar a Santiago. Entre sus efectos se veía una artesa, y Thomson le propuso que la dejara. Julio Ortiz de Zárate, más práctico, le ofreció un cuadro en retorno. A lo que Augusto dijo:

—Para que haya igualdad, Ignacio Herrera debe estampar su firma en la artesa.

Convencido tolstoyano y fiel a la doctrina de hacerlo todo por sí mismo, Herrera Sotomayor hasta se lavaba su ropa. Con todo, le faltó constancia.

Persistieron solamente Thomson, Santiván, Bakhaus y Ortiz de Zárate. Mi segunda visita se realizó el domingo siguiente. Me invitaron a que me quedara a la comida. Consecuentes con el maestro de Yasnaia Poliana, el alcohol, la carne y el tabaco estaban excluidos. Al sentarnos ante la tosca mesa, ubicada en el corredor, Thomson me dijo:

Amigo Espinosa, un día me invitó a almorzar don Paulino Alfonso, y cuando ya estábamos en nuestros asientos, me advirtió: «Sepa usted, Augusto, que aquí se acostumbra a leer el Manual de Urbanidad antes de empezar cualquier comida». Y abriendo el Manual de Carreño, leyó el capítulo referente al comportamiento en la mesa. Yo, imitando a don Paulino, he establecido aquí una regla semejante, pero no es el vulgar Carreño el que leemos sino al genial Loti o al maestro Tolstoy.

Y con su maravillosa voz de actor, leyó una página de «Fantasma de Oriente».

La comida consistía principalmente en un arroz con tomate al que le hice mal gesto. Como don Fausto, yo habría preferido tal vez unos porotos con chicharrones, y luego, recordando a Berceo, el vaso de *bon vino*.

Después de comida, fuimos a dar una vuelta por

la plaza, en donde la banda de la Escuela de Clases daba una retreta. Allí sentados en un escaño, Augusto siguió con sus pontificaciones literarias; Santiván y yo le escuchábamos sin chistar, a fuer de humildes discípulos. Como intermedios, hacía algunas referencias alegres a los escritores de entonces: Baldomero Lillo, Guillermo Labarca, Víctor Domingo, etc. Regresé en ese tren que llaman «de los curados» y en realidad, volví emborrachado de literatura.

La colonia, como tal, no tardó en concluir: en enero o febrero de 1905, Bakhaus y Ortiz regresaron a Santiago, y Tohmson arrendó una casita en la calle Barros Arana esquina de San José, a donde llevó a vivir con él a la abuela materna, que era su principal cariño, y a sus dos hermanas. Santiván se quedó con él, pero buscó un empleo en Santiago; don Paulino Alfonso lo tomó como su secretario, para su estudio abogadil. Mi amistad con Santiván, iniciada en la Colonia, siguió cada día más estrecha. Muchas veces lo pasaba yo a buscar a su oficina, y nos íbamos de a pie Alameda abajo, conversando sobre las novedades literarias nacionales y europeas. Discutíamos sobre autores, y a veces Santiván solía enojarse, y se detenía para gritarme su opinión rotunda, provocando las miradas de los transeuntes. Pero nunca llegó a pegarme. Digo esto, porque se tejió una verdadera leyenda alrededor de las bofetadas de Santiván. Los escritores son aficionados a exagerar, y si se hubiera creído a lo que se decía respecto a él, Santiván habría andado repartiendo bofetadas como quien reparte pastillas de chocolate. Yo, lo declaro solemnemente, nunca fui testigo de ninguna bofetada suya, y no habría creído en ellas si el propio Santiván no hubiera confesado algunas, en sus memorias literarias publicadas en «El Sur» de Concepción. Menester es que declare también que fuera de esos arranques de ira, que no eran frecuentes y que pasaban como un relámpago,

Santiván me dejó la impresión de un hombre de una inteligencia excepcional, apasionado, vehemente, con un fondo de bondad, de humanidad muy grandes. Le he profesado por esto un profundo afecto desde el día en que lo conocí en la Colonia, y esta amistad no sufrió el menor menoscabo, aunque un día, en su oficina de «Zig-Zag» me trató de *idiota* y estuvo a punto de dispararme con un tintero. Siempre fué para mí una fiesta espiritual conversar con él, por sus opiniones tan acertadas como precisas, por su optimismo alentador, y por su charla siempre entretenida, pues entre sus cualidades está la de poder imitar muy bien la voz y los ademanes de los otros. Recuerdo que en las reuniones en casa de Thomson, en San Bernardo, nos hacía reír, por ejemplo, con las imitaciones de «los doce saludos de don Paulino». Según él, éste bajaba el sombrero hasta tierra cuando se trataba de una señora muy respetable; para una señora de menos respeto, el sombrero bajaba sólo hasta la cintura; para un magnate, el sombrero describía una línea horizontal; para el de menos campanillas, se alzaba un poco sobre la cabeza; para un amigo de confianza, un palpitar de la diestra ante el sombrero; para el estudiante, este palpitar se realizaba frente al pecho; para el obrero bastaba una sonrisa, etc.

Ahora, ya que el presidente de esta velada, aludió a un premio que yo obtuve al fundarse la revista «Zig-Zag» quiero hablar de la aparición de esta revista y de los premios con que se iniciara, no por devolver la mano al señor Edwards, sino porque esto tiene estrecha relación con Augusto d'Halmar, objeto principal de esta conferencia. Los que sean tan viejos como yo, recordarán que la aparición de «Zig-Zag» fué un verdadero acontecimiento público. Santiago fué materialmente empapelado con una tricomía que representaba a una mujer bonita. «La mona de «Zig-Zag» llegó a ser muy popular, y se esperaba el primer



número de la revista, con reales ansias. Esta expectación del gran público era tal vez mayor entre los escritores, y ello por una circunstancia: los premios ofrecidos por la Empresa de «El Mercurio» fundadora de «Zig-Zag» eran cuantiosos para la época: trescientos pesos como primer premio, y cien para el segundo, eran casi una pequeña fortuna. El primer premio fué dividido entre Baldomero Lillo y Guillermo Labarca, y el segundo, dividido igualmente, entre una autora de Valparaíso, que después dejó de escribir: María Viancos Calderón y el que habla. Además, la Empresa acordó adquirir aproximadamente otros veinte cuentos y entre ellos incluyó uno mío. Le asignaron veinticinco pesos, de modo que me correspondió cobrar setenta y cinco. Para que ustedes se den cuenta del valor adquisitivo que tenía entonces el dinero, voy a citarles este dato: un restorán del centro publicaba avisos ofreciendo una buena comida, con vino, un pus-café y un cigarro puro... ¡por un peso! De modo que con lo pagado por «El Mercurio» tenía yo para comer setenta y cinco días. A Thomson le adquirió la Empresa los cuatro cuentos que remitió al certamen, y seguramente el jurado no le asignó a ninguno el primero o el segundo premio, porque prefirió a los de carácter criollo, en lo que me parece que hizo bien. Recibió, pues, Augusto algo como cien pesos de la Empresa, con lo que tendría para subsistir dos meses. Al certamen aquel, como era natural, concurren todos los escritores, desde el más grande hasta el más chico, y cada uno, para no errarla, envió varios trabajos. Era también una gran novedad para los escritores recibir por primera vez el precio de sus trabajos. Hasta entonces se habían publicado revistas que tuvieron gran circulación, pero a los colaboradores no se les daba ni el cinco para carro. Todos nosotros esperábamos con gran curiosidad el primer número de «Zig-Zag» para ver qué cuento aparecería. Creíamos que

habría de ser uno de los dos que obtuvieron el primer premio, pero no resultó así: el cuento publicado se titulaba «Alma blanca» y estaba firmado por Rafael Sanzio. Como había en él una honda ternura, y estaba muy bien escrito, llamó poderosamente la atención del público, y fué atribuído a un autor europeo, que habría adoptado como pseudónimo los nombres del gran pintor italiano. Únicamente los escritores supimos después que pertenecía a Augusto Thomson, y que en la revista, por un error, lo habían publicado con la firma usada por su autor al enviarlo al concurso. De esta manera el destino adverso quiso que aquel trabajo, publicado en un número de «Zig-Zag» que tuvo gran resonancia y que seguramente fué leído por dos millones de chilenos, pasara como una producción extranjera, y el escritor chileno continuara siendo casi un desconocido.

Pero Thomson se desquitó con creces en el Ateneo. Sus cualidades de actor, que eran sobresalientes, le sirvieron para obtener en esos torneos literarios triunfos que harán época. Desde la primera frase dominaba al auditorio, lo subyugaba. Ejercía sobre el público la misma fascinación que sobre las gentes que se le acercaban; porque había en él algo del mago o del fakir. Y todo en él era teatral, espectacular. Cuando el director que presidía anunciaba «tiene la palabra Augusto Thomson» reinaba en seguida un gran silencio, y todos se volvían para ver de donde iba a surgir el maravilloso orador. Corría tal vez medio minuto, y nada... De pronto, se alzaba su alta figura, se desprendía de la capa y la tiraba al desgaire; luego se inclinaba para depositar un beso sobre la frente de la abuelita, su gran amor, y se iba lentamente hacia la tribuna. Al llegar allí, tiraba con desdén las cuartillas, y desparramaba una mirada de dominio, de desafío, más bien, sobre la concurrencia, paseando los ojos primero por la sala, luego por las galerías. A continua-

ción, empezaba a quitarse parsimoniosamente los guantes y lanzaba la primera frase, con que aferraba la atención general.

Los otros que leían en el Ateneo, quedaban muy por debajo, nadie se atrevía a pretender siquiera igualarlo. Pero hubo un escritor joven, que se había estrenado con gran éxito con un cuento campesino, Rafael Maluenda, que tuvo esa osadía. Eso sí que antes de presentarse a competir con Thomson, fué a tomar lecciones de declamación en el Conservatorio. A los seis meses, cuando ya se consideraba lo suficientemente apto, y como el mayor éxito de Thomson había sido con «Nuestra sombra» cuento de honda psicología y de misterio, escribió algo por el estilo: «Anima facies...». Sólo que su memoria no era tan infalible como la de aquel, para poder recitar el cuento, sin mirar a las cuartillas: entonces para que le soplara los comienzos de frases, buscó a Carlos Mondaca en calidad de consueta. Mondaca se instaló detrás de una cortina, cerca de la tribuna, y como esta era muy alta, y Mondaca corto de estatura, para quedar a nivel, puso una mesa, sobre la mesa un cajón, sobre el cajón una silla y sobre la silla un piso, y se trepó a esa especie de pedestal. Todo fué bien hasta la mitad del cuento, cuando de pronto se produjo un gran estruendo: Mondaca se había caído revuelto con silla, cajón y mesa. Felizmente, Rafael siguió la recitación sin mayores tropiezos, sin que por esto pueda asegurarse que logró igualar a Augusto.

También me tocó mi turno de leer algo en el Ateneo. Un día, don Samuel Lillo, se presentó en mi modesta oficina de la Dirección de Telégrafos, y me dijo: «¡En la próxima sesión le toca a usted leer algo!» Mi sorpresa como se puede comprender, fué tan grande como halagadora: un escritor desconocido que recibía el honor de ser invitado por el secretario del Ateneo y prorector de la Universidad. Es que don Samuel

Lillo—esto hay que repetirlo muy alto—fué por aquellos años un padre bondadoso para los escritores jóvenes. Los aconsejaba y los estimulaba, les abría camino, les daba oportunidad para que salieran de la sombra en lo alto de aquella prestigiosa tribuna.

Acepté la invitación de don Samuel; pero ante todo fuí a consultarme con mi maestro: Augusto Thomson. El cuento que escribí en el que puse el mayor empeño, se lo llevó a San Bernardo. Debió parecerle bien, pues me escribió una carta muy afectuosa, en la que me decía que yo haría con eso una presentación acertada. Pero no me pareció suficiente; creí conveniente ir a verlo para que me diera algunas recomendaciones para la lectura, especialmente para perderle el miedo al público, porque mi situación de ánimo sólo podría expresarla con una frase chilena: ¡tenía yo un susto padre! Augusto me dijo: «Cuando suba usted a la tribuna, vaya con la conciencia de que es superior al público, que éste no tiene por qué amilanarlo. Una vez arriba, pasee una mirada de desafío por todos los espectadores, para demostrarles que no les teme, que usted está por encima de ellos. Porque desde el momento en que usted se considere inferior a uno solo de los oyentes, está perdido».

Procuré seguir sus consejos en lo posible, y con todo, al ir subiendo la tribuna, las piernas me tiritaban; distribuí la indispensable mirada desafiadora, y empecé la lectura, que no resultó tan mala como me lo temía.

Debo decir que previamente don Samuel me sometió a un ensayo, haciendo colocar una persona en las distintas filas, para probarme la voz y el tono. Sirvieron de oyentes Mondaca, Maluenda, Labarca y otros escritores. Junto conmigo se ensayó Max Jara, que se estrenaría con unos versos. No era Max el hombre barbilampiño que todos conocemos ahora: usaba una espesa barba negra, que le daba un aspecto de anarquista. El estreno de Max fué lucido: leyó unos ver-

sos bastante buenos, con una voz vibrante. Pero en una audición posterior, el pobre Max tuvo mala suerte. Cuando el Ateneo realizó la sesión solemne en homenaje a Blasco Ibáñez, que venía precedido de una fama de orador formidable, el público llenó enteramente el salón central de la Universidad, atraído por el deseo de oírlo. Por oírlo gratis, pues había dado ya unas conferencias pagadas. El que trazó el programa, tuvo la mala ocurrencia de inscribir antes a Max Jara con un ensayo sobre Verlaine. Como se comprende, el público, impaciente por escuchar al tribuno valenciano, no soportaría ninguna lectura, salvo que fuera muy corta. Y Max tuvo una peor ocurrencia, pues al llegar a la tribuna sacó del bolsillo un legajo de papeles, tal vez unas veinte carillas, lo que bastó para que resonara un murmullo desaprobador en el público. En realidad, Max no pretendía leer todo su trabajo, sino citar algunos trozos, los más importantes, pero no tuvo la precaución de advertirlo. Empezó, pues, a leer su ensayo, y el público, para mostrarle su impaciencia, aplaudía ruidosamente cada fin de párrafo. Blasco Ibáñez se acercó entonces al oído de Maluenda: su vecino: «Parece que el público está en contra del conferencista...» Exacto, le respondió Rafael, pero ¿cómo le decimos a Max que la acorte?» En tal emergencia, Blasco se creyó en el deber de intervenir, y aproximándose al orador lo más posible, le susurró: «Compañero, lea pronto el final». Pero Max, que tiene mal genio, se enojó y le respondió airado: «¡Esto no tiene final!» Y se bajó de la tribuna.

Algo peor le ocurrió a un joven escritor que hacía unos cuentos de gran mérito, y cuyo nombre no hay para qué repetir. Cuando iba a estrenarse en el Ateneo, fué asaltado por un susto tal vez superior al mío en igual circunstancia, pero quiso su fatalidad que en vez de pedir consejo, como yo, a un Augusto Thomson, se lo pidiera a Federico Gana. Federico le pro-

puso: «¡Tómese una copita de coñac! No hay nada igual para dar valor en estos casos». Y poco antes de la sesión se fueron a un bar de la calle de San Diego. Como la primera copa no fuera suficiente para apagar el miedo del debutante, se bebieron una segunda, y quien sabe si una tercera o una cuarta. El hecho fué que el joven escritor alcanzó a leer ante el público sólo la primera carilla... y se quedó dormido.

En una de aquellas memorables veladas tuvo también ocasión Santiván de mostrar su carácter vehemente. Leía un cuento bastante romántico, y en lo mejor de la lectura el poeta Ernesto Guzmán tuvo la nefasta idea de ponerse a conversar con un compañero. Irritado Santiván ante una irreverencia tan grave, interrumpió la lectura, y volviéndose hacia él le gritó: «¡Cállese el idiota!» Y continuó leyendo muy tranquilamente. El público no se dió cuenta del incidente, pues creyó que esa interjección ruda formaba parte del cuento.

Pero veo que me he apartado demasiado de Thomson. En su casa de San Bernardo continuaba recibiendo a los escritores y pontificando. Y como encontrara que se formaba una molesta cacofonía entre su nombre y su apellido, cambió éste por el de Halmar. En seguida propuso a Santiván que formaran una hermandad literaria, y alcanzaron a publicar dos o tres trabajos firmados Augusto y Fernando Halmar. Esta intimidad tuvo como primer resultado que Fernando se casara con la hermana menor de Augusto. Desgraciadamente pronto se disgustaron, y Santiván se vino con su esposa a Santiago. El principal origen de este disgusto, me lo explicó Santiván un día con toda llaneza: «Compañero, ya no podía soportar la superioridad de Augusto. ¡Le diré francamente que le tengo envidia!»

Poco más estuvo Augusto en San Bernardo. Un Ministro excepcional, don Federico Puga Borne, se

fijó en él, comprendió su valor, y lo llamó para ofrecerle un puesto de cónsul en donde él quisiera. Thomson eligió la India, pues le atraía esa civilización milenaria, y también la religión de Buda, la teosofía. El Ministro lo despachó para Calcuta. Pero no pudo soportar allí la temperatura de 40 o 42° a la sombra y cayó a la cama con una fiebre terrible. Clamó porque lo trasladaran y el Ministro, benévolo lo trajo a Eten, Perú. Allí permaneció diez o quince años, juntando peso sobre peso, hasta que reunió cincuenta mil, al cambio de doce peniques, y con eso determinó irse a Europa, porque siempre fué su ideal vivir en una casita frente al mar, en la costa de Bretaña, y esperar allí la muerte, dedicado a la literatura. De paso estuvo en Santiago, tal vez para echar la postrer mirada a su tierra. Venía con la cabellera enteramente blanca; pero su espíritu permanecía más joven que nunca, con las mismas ilusiones de los veinte años. Esa impresión de juventud, de optimismo creador, nos dejó a los amigos que le dimos un almuerzo en el Parque. Fué la última vez que lo vimos, hasta hoy ha permanecido en Europa, primero en Francia, y desde antes de la guerra en Madrid. Vive allí pobremente, en una estrecha habitación de la Travesía de la Ballesta N.º 8. Víctor Domingo Silva y Ernesto Montenegro, que anduvieron por allá y lo visitaron, podrán dar más detalles sobre esto. Lo esencial es que Augusto d'Halmar ha dado gloria a su país en Europa, ha publicado libros y obtenido premios de importancia, y el gobierno chileno nunca se ha acordado de él para nada. Es que en este país, para surgir, para obtener algo en el extranjero, ha sido necesario ante todo llevar un apellido vasco, un apellido de los llamados «vinosos».

Felizmente, el año 20, un político genial comprendió que era necesario abrir camino a las gentes oscuras, que no tienen otro bagaje que su inteligencia. Su plan de mayor democratización se vió interrumpido

por un período de disturbios, sobre el cual quiero pasar con la rapidez que pasaría, desnudos los pies, sobre una hilera de carbones encendidos. Este político a que me refiero, tiene una concepción tan diferente a la de antes que ha llevado a la cartera de Educación a un hombre que es tan humilde, que no teme confesar que nació en una carreta.

Este Ministro, por su parte, tiene una idea tan distinta de sus antecesores, con respecto al escritor, que vino aquí, el día que se inauguró la Exposición del Libro, y dentro de los estrechos recursos del Erario, en la aguda crisis que sufrimos, «se cuadró» inmediatamente con cinco mil pesos para premios. Esto está indicando, señores, que el pasado triste está abolido, que entramos realmente por una nueva era.